(Norteamérica)

EL REGRESO

EL camino a la caldera estaba oscuro,
oscuro todo el camino,
sobre las cenizas resbaladizas,
por el largo invernáculo.

Las rosas aún respiraban en la oscuridad.
Tenían muchas bocas para respirar.
Mis rodillas formaban vientecitos, abajo,
donde la maleza dormía.

Siempre había una sola luz,
meciéndose cerca del fogón
donde el fogonero arrancaba las rosas,
las grandes rosas, las grandes brasas sangrientas.

En una ocasión, estuve allí toda la noche.
Por la mañana la luz llegaba lenta sobre la blanca nieve.
Había muchas clases de aire fresco.
Luego llegó el vapor.

Golpe de pipa.
Fuga del calor sobre las tiernas plantas.
Ordnung! Ordnung!
Viene papá.

Una fina bruma se despegaba de las hojas;
la escarcha se derretía en las lejanas vidrieras;
la rosa, el crisantemo, se volvían hacia la luz.
Hasta las formas quietas, las inclinadas malezas amarillentas,
se mecían hacia arriba.

(Traduce Hardie St. Martin.)

THEODORE ROETHKE